

# *España, aparta de mí este cáliz:* comunicación poética de un conflicto

El verdadero contacto de César Vallejo con España se inició a fines de 1930 cuando, expulsado de Francia por razones políticas, debió fijar su residencia en Madrid.<sup>1</sup> El poeta peruano por lo tanto estuvo allí en los momentos decisivos de la coalición republicano-socialista por derrocar la Monarquía<sup>2</sup> y presencié el triunfo republicano en las elecciones del 12 de abril de 1931, así como la tensión vivida por los españoles en los días que siguieron a la victoria electoral, víspera de la nueva República. Identificado desde el principio con la nueva causa, justo es pensar que ante tan agitados e importantes sucesos Vallejo no permaneció inactivo. Regresó a Francia y, al estallar la Guerra Civil en julio de 1936, sabemos que de inmediato ayudó a organizar Comités de Defensa de la República, puso oído atento a las noticias provenientes de España, y escribió varios artículos a favor de las ideas defendidas por el Frente Popular. El 15 de diciembre del mismo año viajó por pocos días a Barcelona y Madrid, y ante la realidad que allí se le mostraba sintió en carne propia la tragedia de la lucha. Su último viaje fue en julio de 1937 como delegado al Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, durante el cual recorrió Madrid y Valencia en compañía de otros escritores.

*España, aparta de mí este cáliz*,<sup>3</sup> obra póstuma de Vallejo, es la expresión verbal de una crisis interior que desde hacía tiempo se venía fraguando y que se hace concreta

<sup>1</sup> *Queda bastante claro ahora que Vallejo fue a España por primera vez en 1925 a cobrar una beca que había conseguido (véase, por ejemplo, A. Coyné, César Vallejo, Buenos Aires, Nueva Visión, 1968, p. 260). El valioso documento editado por R. Alonso, César Vallejo: cartas a Pablo Abril (Buenos Aires, R. Alonso Editor, 1971), confirma el hecho de que Vallejo, viviendo en París, solicitara en 1924 una de las becas que el gobierno del general Primo de Rivera otorgaba a estudiantes latinoamericanos para seguir carrera en España, y la carta dirigida por el poeta el 4 de agosto de ese año a Pablo Abril señala que aquél se proponía estudiar Jurisprudencia en Madrid. Vallejo obtuvo la beca en 1925 pero se vio obligado a renunciar a ella en 1927. Si nosotros le damos más importancia a su viaje a España en 1930, es por considerar el contexto ideológico de la vida del poeta en ese momento, y la repercusión que tuvo en él la experiencia política de la cual fue testigo. Expulsado de Francia por un decreto de la Direction de la Sureté Générale del 2 de diciembre de 1930, Vallejo y Georgette salieron de París el 29 de diciembre rumbo a Madrid, vía Barcelona, recibiendo el nuevo año en la capital y permaneciendo allí en 1931. (Véase A. Flores, «Cronología de vivencias e ideas», Aproximaciones a César Vallejo, I, A. Flores Edit., New York, Las Américas, 1971, pp. 25-128.)*

<sup>2</sup> *El 17 de agosto de 1930 se había celebrado el llamado «Pacto de San Sebastián», en el cual los grupos opuestos a la Monarquía decidieron coordinar sus acciones a fin de lograr más eficazmente un cambio de régimen. Esta decisión, no hay duda, fue básica para el triunfo electoral del año siguiente, y el consiguiente renacimiento de la República. Para una idea más completa de estos sucesos véase, por ejemplo, Ricardo de la Cierva, Historia de la guerra civil española. Antecedentes: Monarquía y República. 1898-1936 (Madrid, Librería Editorial San Martín, 1969).*

<sup>3</sup> *César Vallejo, Obra poética completa (Lima, Francisco Moncloa Editores, 1968). Edición numerada con facsímiles de los originales dejados por el autor, preparada bajo la dirección de Georgette de Vallejo, con prólogo de Américo Ferrari.*

ante la magnitud del conflicto. Si, como veremos a continuación, el libro se salva de lo que hubiera podido ser su limitada referencia a una experiencia histórica determinada, es por constituir precisamente el máximo logro vallejiano de comunicación entre su yo poético y el posible lector. Un equilibrio expresivo que, colocándose en el fondo mismo del dolor humano, se pone a la altura de las mejores obras de la lírica hispánica.

## La intuición poética

Aunque poseedor de ideas marxistas y simpatizante declarado de la República,<sup>4</sup> Vallejo no expresa en *España, aparta de mí este cáliz* ni ira, ni acusación, ni proselitismo político (compárese, por ejemplo, con el Neruda de *España en el corazón*), convirtiéndose así su obra en verdadero testimonio de identificación con el sufrimiento de un pueblo. De esta manera lo primero que surge en la lectura del libro es el sentimiento de solidaridad con que su yo poético se desplaza hacia el hombre común, el que hace la lucha:

Voluntario de España, miliciano  
de huesos fidedignos, cuando marcha a morir tu corazón,  
cuando marcha a matar con su agonía  
mundial, no sé verdaderamente  
qué hacer, dónde ponerme; corro, escribo, aplaudo,  
lloro, atisbo, destrozo, apagan, digo  
a mi pecho que acabe, al bien que venga,  
y quiero desgraciarme;

(I, «Himno a los voluntarios de la República»)

Está claro que Vallejo nunca se había sentido lejos del dolor humano, revelando desde los momentos iniciales de su obra un sentimiento de culpa que lo emparentaba con el prójimo y le hacía sufrir, por desplazamiento intuitivo, los pesares del mundo.<sup>5</sup> Pero también sería posible decir que nunca faltó en él cierto individualismo metafísico. Ahora, sin embargo, frente a una realidad concretamente desastrosa, la visión vallejiana alcanza su socialización total: el pánico y coraje que habitan en el pecho del voluntario republicano habitan igualmente en el suyo. Por eso al saber de las bombas la reacción de su yo poético es caótica: corre, escribe, aplaude, llora, atisba, destroza, etc., al tiempo que busca en la irracionalidad una forma de protección contra lo circundante: «detic-

<sup>4</sup> Dice su viuda que el poeta recibió la República con cierta indiferencia, pues no tenía fe en un cambio de régimen que resultaba de un proceso pacífico como fueron las elecciones (véase Georgette de Vallejo, Apuntes biográficos sobre «Poemas en prosa» y «Poemas humanos», Lima, Moncloa Editores, 1968). Arrebatado por sus visitas a la Unión Soviética, lo ideal para César Vallejo habría sido tal vez una especie de Revolución Bolchevique. De todas maneras, Vallejo casi de inmediato simpatizó con el nuevo sistema que, aunque inseguro, perseguía un nuevo orden de cosas.

<sup>5</sup> En un momento culminante de Poemas en prosa el poeta aclara muy explícitamente la naturaleza diversificada y caótica de ese dolor: «Yo no sufro este dolor como César Vallejo. Yo no me duelo ahora como artista, como hombre ni como simple ser vivo siquiera. Yo no sufro este dolor como católico, como mahometano ni como ateo. Hoy sufro solamente. Si no me llamase César Vallejo, también sufriría este mismo dolor. Si no fuese artista, también lo sufriría. Si no fuese hombre ni ser vivo siquiera, también lo sufriría. Si no fuese católico, ateo ni mahometano, también lo sufriría. Hoy sufro desde más abajo. Hoy sufro solamente.» («Voy a hablar de la esperanza», Obra poética completa, p. 243.)

nen mi tamaño esas famosas caídas de arquitecto / con las que se honra el animal que me honra;» (I, «Himno a los voluntarios...»).

Sabemos que con su viaje a Europa, y sobre todo después de su visita a la Unión Soviética, Vallejo experimentó una metamorfosis ideológica que se concretó en su posterior afiliación al comunismo; pero si tuviéramos que definir el comunismo vallejiano no creemos desacertado afirmar que consistía en un amor fraternal con el que se redimirían los pesares del hombre. Como bien ha señalado James Higgins: «El comunismo le proporciona el medio de llevar el amor a la práctica y la posibilidad de realizar este estado ideal en la tierra». <sup>6</sup> Es decir, un comunismo que puede entenderse como cierta forma de cristianismo práctico, o la tarea del Buen Samaritano: una fraternidad reforzada por la acción colectiva, puesto que se ha llegado al convencimiento de que la Tierra Prometida es ésta, y el Redentor no es más que la unidad combatiente representada en cada hombre que lucha. El punto culminante de esta actitud cristiano-revolucionaria lo expresa el hablante lírico en el poema «Masa»:

Al fin de la batalla,  
y muerto el combatiente, vino hacia él un hombre  
y le dijo: «¡No mueras, te amo tanto!»  
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.

Entonces, todos los hombres de la tierra  
le rodearon; les vio el cadáver triste, emocionado;  
incorporóse lentamente,  
abrazó al primer hombre; echóse a andar...

(XII, «Masa»)

Que un hombre se identifique con otro hombre no basta, es necesario que todos los seres humanos se levanten uniendo sus sentimientos y sus fuerzas para que el milagro de la redención universal se realice.

España, que en febrero de 1936 había dado la victoria al Frente Popular, representaba para el poeta el nacimiento de esa posible solución. En un acto electoral, el pueblo había salvado la paz nacional y recobrado al mismo tiempo sus soberanos derechos. La República era así algo definido que señalaba el nacimiento de un mundo nuevo con el que nacía también un nuevo hombre, socializado, dedicado al servicio de su colectividad, dispuesto en todo momento al sacrificio. Era el bolchevique que había conocido en la Unión Soviética, y era también el voluntario que ahora venía a luchar por España, convertida simbólicamente en una tabla votiva sobre la cual oficiaba su sacrificio el hombre. Sobre el campo están los mártires: el proletario, el campesino, el guerrero; si el poeta se acerca a ellos, lo hace más como un profeta que anuncia los frutos del sacrificio que como acusador de calamidades:

¡Constructores  
agrícolas, civiles y guerreros,  
de la activa, hormigueante eternidad: estaba escrito  
que vosotros haríais la luz, entornando  
con la muerte vuestros ojos;

<sup>6</sup> J. Higgins, *Visión del hombre y de la vida en las últimas obras poéticas de César Vallejo (México, Siglo XXI Editores, 1970), p. 306.*

que, a la caída cruel de vuestras bocas,  
 vendrá en siete bandejas la abundancia, todo  
 en el mundo será de oro súbito  
 y el oro,  
 fabulosos mendigos de vuestra propia secreción de sangre,  
 y el oro mismo será entonces de oro!

(I, «Himno a los voluntarios...»)

A través de la palabra poética se transparenta de esta manera el hondo significado del sacrificio humano en aras de la República, del que resulta la preservación de un mundo nuevo, la preparación de una sociedad en la que el amor será condición de todos, y en la cual un caos milagroso cambiará el orden de las cosas:

¡Unos mismos zapatos irán bien al que asciende  
 sin vías a su cuerpo  
 y al que baja hasta la forma de su alma!  
 ¡Entrelazándose hablarán los mudos, los tullidos andarán!  
 ¡Verán, ya de regreso, los ciegos  
 y palpitando escucharán los sordos!

(I, «Himno a los voluntarios...»)

Pero es evidente que la culpabilidad antigua de Vallejo sigue acosándolo. Se manifiesta ahora, a través de su yo poético, al sentirse incapacitado para dar más de sí mismo en la lucha que lleva a cabo su amigo el obrero, el otro hombre, y no puede menos que disculparse: «¡Obrero, salvador, redentor nuestro, / perdónanos, hermano, nuestras deudas!» (I, Himno a los voluntarios...). En España se trata, según la intuición vallejana de una lucha entre el Bien y el Mal. Si el Bien triunfa, el ideal social que en su mente ha venido madurando no será una utopía; pero para que esto suceda lo más importante es que el hombre se recobre a sí mismo, encontrando al otro, y que unidos en la lucha hundan el Mal hasta sus raíces, salvándose de esta forma el ente consciente de una función material coordinada con un espíritu:

¡Extremeño, dejáste me  
 verte desde este lobo, padecer,  
 pelear por todos y pelear  
 para que el individuo sea un hombre,  
 para que los señores sean hombres,  
 para que todo el mundo sea un hombre, y para  
 que hasta los animales sean hombres,  
 el caballo, un hombre,  
 el reptil, un hombre,  
 el buitre, un hombre honesto,  
 la mosca, un hombre, y el olivo, un hombre  
 y hasta el ribazo, un hombre  
 y el mismo cielo, todo un hombrecito!

(II, «Batallas»)

En el decisivo momento de la lucha, lo más urgente es la humanización del individuo y del universo. A partir del hombre, y llegando a los más simples elementos, se adquirirá la conciencia colectiva, la balanza cósmica se emparejará. El obrero, antes que obrero es hombre; el voluntario italiano, soviético, del sur o del norte, antes que todo representa al hombre. Y la muerte de la madre Rosenda, del viejo Adán, del sabio,